



Adolfo García Ortega

Una tumba en el aire

Premio Málaga de Novela 2018

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

Una tumba en el aire

Galaxia Gutenberg



Ayuntamiento de Málaga

Área de Cultura

Esta novela fue galardonada con el XII Premio Málaga de Novela, concedido el 17 de diciembre de 2018 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Luis Alberto de Cuenca, Eva Díaz, Antonio Soler, Alfredo Taján y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2019

© Adolfo García Ortega, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 510-2019
ISBN: 978-84-17747-08-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A José y Paloma

Los hechos aquí narrados son reales. Tuvieron lugar en la primavera de 1973. Esta novela está inspirada en tales hechos. Ni víctimas ni asesinos merecen el olvido.

«Cavamos una tumba en el aire.»

PAUL CELAN

«Y lo que había estado tan lejos
estuvo de pronto cerca.»

FRANZ KAFKA

I

Por primera vez, aquel sábado 17 de marzo de 1973, Humberto Fouz tuvo la sensación de regresar a La Coruña como un triunfador. Quizá contribuían a ello la hora de su llegada, pasado el mediodía, y la tregua de la lluvia, tan constante en su vida, abriendo un arcoíris inmenso y grandioso nada más entrar por la avenida de Arteixo. «*Cuéntale a la orilla cómo has llegado, la orilla se asombrará*», canturreó el estribillo de una canción infantil inventada en el colegio, cuando era niño, que le rondaba por la cabeza. Había salido de madrugada de Irún, donde vivía desde hacía poco más de tres años, con sus dos amigos de siempre, Fernando y Jorge. Fernando y él se alternaron en la conducción del Morris Austin 1300 Victoria de segunda mano que tan ufana-mente Humberto había comprado unos meses antes. «Un coche que es suave como la seda», decía. Jorge, en cambio, aún no se había sacado el carné de conducir, pero estaba en ello y se pasó todo el viaje repanchingado en la parte de atrás, viendo pasar fábricas, camiones, pueblos, ovejas, puentes y gasolineras, sin más iniciativa que mirar el reloj y hacer bromas.

De los dos amigos de Humberto, Fernando Quiroga era, en realidad, el amigo más antiguo y con el que más

confianza tenía. Aunque se llevaban cuatro años de diferencia, Humberto y Fernando se conocían desde 1961, cuando coincidieron en una academia de idiomas nocturna de la calle Torreiro, en La Coruña, su ciudad natal. Humberto tenía diecinueve años entonces y Fernando apenas quince, pero por su aspecto algo anticuado aparentaba ser mayor. Compartían el mismo camino para ir a casa al salir de la academia y eso los unió cada día un poco más. Humberto vivía en el 22 de la calle Sinagoga, Fernando en el 38 de Riego de Agua, prácticamente distaba una casa de la otra unos diez minutos andando. No tardaron en hacer más largo ese recorrido adrede, prolongándolo por la Marina hasta la plaza de María Pita, en cuyas arcadas se separaban, a veces muy tarde y después de haber hablado largo y tendido de su gran pasión: Rusia.

Jorge García llegó a sus vidas más adelante, en 1969. Era el más joven de los tres y Humberto lo conoció en un puesto callejero de libros antiguos que había en General Mola. Le llamó la atención el muchacho más bien bajo y muy delgado que hojeaba los mismos libros que él metiendo la cabeza entre las páginas con el cuello muy inclinado. Coincidieron en el interés por un libro sobre Stalingrado, un volumen de tapa dura y en buen estado de un autor italiano. Dado que Humberto ya había viajado fuera de España y había tenido trabajos esporádicos como intérprete en varios países, estaba en mejores condiciones económicas que Jorge, el cual había abandonado los estudios y buscaba un empleo. En realidad, Jorge no tenía ni un duro y se le notaba en el titubeo con que cogía, miraba y volvía a dejar en su sitio los libros que se comía con los ojos. Fue Humberto

quien compró el libro, pero enseguida, antes de que los dos jóvenes se separaran, se lo tendió a Jorge y se lo regaló. «Toma, para ti, creo que yo ya lo tengo en casa», mintió Humberto. Se confesaron mutuamente su misma afición, aunque en el caso de Jorge, como más adelante le contaría a Humberto, aquella afición por la URSS y su historia tenía un cariz familiar que había terminado por ser obsesivo en el muchacho. Se refería al hecho de que un tío suyo comunista en la Guerra Civil había acabado por ser un coronel del Ejército Rojo precisamente en Stalingrado, a cuya dura batalla sobrevivió como héroe. Conocer su figura había supuesto una especie de epifanía para Jorge, que incubó una fiel admiración por su tío rojo. Aquella información captó en Humberto todo el interés, aunque podría decirse que fue en realidad pura fascinación. Había hallado en Jorge una joya por pulir y unos días después se lo presentó a Fernando.

Al cabo de poco tiempo, los tres jóvenes eran ya una piña, salían a beber tazas de ribeiro juntos y se intercambiaban datos curiosos, historias, libros y fotos sobre los antagonicos universos que habían dominado Rusia desde la derrota de la Grande Armée napoleónica, como contaba *Guerra y paz*, la novela de Tolstói que los tres habían leído en formatos de letra microscópica y traducción más que dudosa; sabían de Dostoievski y de la historia oculta de Rasputín, se habían empollado la Revolución rusa y dominaban la organización de los soviets y las purgas de Stalin. La Rusia zarista y la soviética eran el terreno fantástico que los tres pisaban en su imaginación, a cual más conocedor de aspectos sorprendentes, pero sin intención política, tan solo por el placer del juego del conocimiento.

Ni siquiera los separó el servicio militar que tuvieron que hacer Humberto y Fernando por esos años. Jorge, en cambio, se libró de la mili por razones de salud, le habían descubierto una leve lesión cardiaca que le causaba ahogos asmáticos, pese a haber sido el más deportista de los tres en la adolescencia. Había practicado hockey y buceo, siempre con poca habilidad, y tuvo que dejar ambos deportes después de que le diagnosticaran aquella insuficiencia en el corazón que le daba un aspecto enfermizo y frágil sin que, en realidad, lo fuera.

Físicamente, los tres eran desiguales. Fernando era alto y espigado, Humberto era de estatura media, rostro ovalado y ojos vivaces y alegres, Jorge era bajo y de rostro aniñado. El más fuerte era Fernando, de hombros anchos y rostro anguloso, rasgos armónicos y mirada serena al fondo de unas cuencas de ojos hundidas, tez pálida, pelo castaño oscuro y mechón rebelde ondulándole la frente. Su cara, al contrario de la de Jorge, aparentaba más edad de la que tenía y transmitía una confianza profesoral, de autoridad, que encerraba un aire de desidia y autolimitación, propia de un tímido. Jorge, de cabello frondoso ligeramente engominado, nariz prominente en una cara triangular e imberbe y una chispa risueña instalada en los ojos, como todos los bromistas, era alocado e inquieto, y ese rasgo de inestabilidad imprevisible hacía que no se le tomara en serio, por lo que parecía un solitario en busca de cómplices. Eso fue lo que adivinó Humberto cuando lo conoció en el puesto de libros usados. Humberto, aparte de ser el mayor de los tres, ejercía un cierto liderazgo sin pretenderlo. Si había un rasgo que lo

definía era su vitalidad, un amor impulsivo por la vida. Todos cuantos lo conocieron citarían la sonrisa decidida, más inocente que irónica, que se le había fijado en el rostro, un rostro ovalado, de facciones bien parecidas y luminoso, ceñido por una barba un tanto excéntrica, de pastor protestante, que se había dejado por una apuesta con su amigo Fernando. Probablemente se sentía seguro tras esa barba poco corriente porque le daba una superioridad que en el fondo sentía. Era consciente, además, de que las experiencias de los viajes y su dominio de idiomas le habían curtido la piel, por así decir, y asumía ese liderazgo en su entorno con un sutil paternalismo. Al fin y al cabo, no había cumplido los treinta aún pero había vivido lo suyo. Para sus vecinos y conocidos, era de esas personas que sabían a ciencia cierta que podían llegar lejos, solo era cuestión de tiempo y de paciencia. ¿Habría llegado a gobernar la prisa que lo azuzaba por dentro, como un estímulo enérgico que le daba alas para afrontarlo todo, de haber vivido más años? ¿Habría logrado canalizar la seguridad en sí mismo sin que pareciera inmodestia o vanagloria? A Humberto, como a su manera también a Fernando, le quedaron por delante muchas preguntas sin respuesta. Jorge aún no había dado el paso de planteárselas.

La decisión más importante que Humberto iba a tomar en su vida fue la de dejar definitivamente La Coruña en busca de un empleo con futuro, y la compartió con Fernando y Jorge. «Somos larvas y nos toca impresionar. Nos toca abrirnos camino de verdad», esas eran expresiones que empezó a repetir por esa época. La ocasión

se presentó cuando su hermana Isabel, casada y con dos hijos pequeños, se tuvo que ir a vivir a Irún debido a que su marido Cesáreo fue destinado como trabajador de Renfe a esa ciudad. Estaba seguro de que allí, en la cercanía de su hermana, le sería más fácil hallar un trabajo que le satisficiera. Su hermana Isabel lo animó a que se trasladara con ellos. Así, de paso, los dos se tendrían cerca, porque ella adoraba a su hermano y él siempre la colmaba de atenciones y le comentaba las cosas que le pasaban como a una amiga. Podía vivir en casa de su hermana y su cuñado hasta que encontrara un piso propio, sin prisas, que para eso eran hermanos y se querían. Humberto aceptó la proposición sin pensárselo dos veces. Y de inmediato maquinó la manera de llevarse consigo a Fernando y a Jorge. Le cruzó por la cabeza la idea insoportable de distanciarse de sus dos amigos o la más insoportable aún de no volver a verlos.

Por otra parte, le excitaba mucho la cercanía de Francia, la puerta de Europa, la puerta de los viajes, porque Humberto amaba, por encima de todas las cosas, viajar. Y en su corta vida hasta la fecha, por ese impulso que lo llevaba a conocer otros lugares, había viajado a países como Suiza, Suecia, Italia, Bélgica, Francia, Alemania, Reino Unido –Southampton– y la URSS, donde tuvo un empleo temporal por dos meses en una empresa de transportes polaca y lo consideró el mayor regalo que le había dado la vida hasta entonces. Si viajaba tanto y con tanto provecho era debido a que, como todos reconocían con asombro, Humberto Fouz poseía un talento extraordinario para las lenguas. Era un portento, le bastaba con oírlas para que se le quedaran. En 1973 hablaba

ya cinco idiomas y estaba estudiando italiano y ruso, su preferido, en la Academia Edwards de la calle Urbietta de San Sebastián con mucho provecho.

Tiempo atrás, cierto día de febrero de 1970, cuando ya sabía Humberto que se iría a vivir a Irún, se conjuró con sus amigos. Para ello, se citó con Fernando y Jorge en un bar de la Ciudad Vieja al caer la tarde y, sin mediar palabra, se los llevó hasta el esquinado Jardín de San Carlos. Desde el mirador amurallado se vislumbraba el gris pizarra azulado de media ciudad, el puerto, el castillo de San Antón, la playa del Parrote, donde solía ir a bañarse con Fernando, y, de fondo, siempre el mar, que era como decir el mundo entero. Junto al Mausoleo de Moore erigido en mitad del jardín de viales bien trazados y parterres metódicos, les hizo la propuesta de que lo acompañaran a vivir a Irún. Era el momento oportuno, les dijo, tenían la edad adecuada y la aventura no era un disparate sino una obligación, consistía en buscar trabajo donde pudieran hallarlo, apremio de la vida misma que todo ser humano tenía que afrontar.

—Podríamos pretender que todo lo que está aquí no existe, pero existe y está —Respiró hondo y entusiasta—. A pleno pulmón está. Y es más y más y más.

Por lo que sabía por su cuñado, que se había adelantado a Irún a preparar la casa, en el País Vasco había oportunidades en empresas de todo tipo. Irún, además, se estaba llenando de gallegos y de gente de todas las regiones del país: extremeños, valencianos, castellanos, andaluces. Y para dar más firmeza a su poder de sugestión, Humberto, aunque era solo una verdad a medias, llegó a decir

que tenía un puesto apalabrado y que lo terminaría de cerrar en cuanto llegara a Irún.

—¿Qué me decís? ¿No es la ocasión que esperábamos? Os juro que no exagero...

Humberto era optimista y emprendedor y daba cierta seguridad a los demás. Tenía carisma, decían, y era un hombre de mundo. Tal vez pensaba ilusamente en sí mismo, en la vida trufada de viajes que soñaba, en las vivencias felices y lugares nuevos que ambicionaba conocer, en las cosas excitantes que el futuro prometía, pero se deleitaba en ese horizonte y deleitaba a Fernando y Jorge en pensamientos así, como una evasión entretenida, y también como una meta a su alcance.

Fue un momento hipnótico, como el trazo de un delineante sublime. Todo cabía en las palabras de Humberto. Los tres vieron ante sí sus sueños. Sonreían con plenitud porque algo aún sin forma ni nombre se les había revelado y lo compartirían juntos. Se les abría el tiempo, la historia, y ambos, tiempo e historia, eran infinitos. Creyeron en sus palabras envolventes y solo deseaban decir sí a aquella mundanidad que un Humberto mefistofélico les ofrecía. «Todo esto os daré...» Les habló de ir juntos a Moscú, a Copenhague, a Londres y a cada hito asentían con el ardor de la inminencia. Lo querían ya, se habrían tirado muralla abajo si supieran que allí estaba la puerta de su futuro.

Humberto les habló de todo lo que harían juntos, pero, en la corta vida que les esperaba al otro lado del mirador de San Carlos, nunca lo llegarían a hacer. Claro que ni siquiera cabía la posibilidad de que, pletóricos de juventud, imaginaran que había empezado una cuenta atrás en su historia personal.

Se conjuraron en que los tres se ayudarían siempre. Estuvieran donde estuvieran, pasara lo que les pasara, quien de los tres encontrara trabajo buscaría uno a los otros dos; quien tuviera casa la pondría a disposición de los demás; quien ganase más dinero ayudaría con los gastos del menos afortunado. Todo eran deseos y promesas de inquebrantable amistad. Exaltados, decidieron al unísono ir a vivir juntos en un mismo piso mientras pudieran, por comodidad y por unión. De modo que lo primero que ofreció Humberto a sus amigos fue el piso de su hermana Isabel.

Fernando, el más taciturno y prudente de los tres, reconoció que en La Coruña el mundo laboral estaba parado y que solo les quedaba entrar en una de las empresas navieras y salir a navegar, pero no era lo que él aspiraba a hacer, ni sabía el oficio. Él quería comerse el mundo a dentelladas, como Humberto había hecho y seguía haciendo; quería recorrer y reconocer lugares como los que Humberto le había descrito en las cartas que le había enviado durante años desde cualquiera de los destinos de sus viajes. Sea como fuere, si eran ambiciosos y buscaban mejorar sus vidas, tenían que salir de allí y cualquier opción que hubiese en Irún sería un primer paso, el peldaño hacia otro peldaño y de este hasta otro, y así ir ascendiendo en la vida.

Jorge, por su parte, de talante desenfadado hasta la temeridad, dijo que no tenía nada que hacer en La Coruña y que para aburrirse aquí, prefería aburrirse en Irún con ellos. Luego añadió que estaba bromeando, pero Humberto ya había leído en su ironía la ansiedad honesta de labrarse un futuro y para ello necesitaba ayuda. Le pidió que se sumara a ellos. Aun así, Fernan-

do no logró un trabajo en Irún hasta febrero de 1972 y Jorge tardaría todavía tres años en ir allí a vivir con sus dos amigos. No lo haría hasta enero de 1973, cuando Humberto, ya asentado en la empresa de transportes donde trabajaba, le consiguió un empleo de turno de mañana, pero solo a título de prueba. Iba a empezar a mediados de abril de ese año. No llegaría a presentarse nunca.

En cierto modo, a Humberto y a Fernando la vida les había sonreído durante los tres últimos años. Desde que se licenció del servicio militar, Humberto Fouz había viajado por diversos países y había trabajado aquí y allá en lo que le surgía; gracias a los conocimientos adquiridos en esos viajes por Europa, tenía ahora un puesto destacado como intérprete-traductor en Trafic, la empresa de transportes de Irún, ubicada en plena avenida de Francia, subsidiaria de una empresa de Pamplona que conectaba en toda Europa empresas con camiones y empresas con mercancías. Trafic unía las necesidades de unas con las de las otras y en sus amplias cocheras no era extraño ver camiones que iban o venían de Algeciras o de Helsinki, camiones de distintos países, en busca de carga y de destino. Allí, en Trafic, también trabajaba Ana Istúriz, la chica con quien Humberto había empezado a salir desde hacía casi un año.

Para quienes lo conocían, una de las cualidades más destacadas de Humberto era que no escamoteaba atrevimiento cuando pensaba en su trabajo; tenía muy claro que no era su intención quedarse en el puesto de intérprete-traductor en Trafic, quería más. Había hecho planes. Uno de esos planes era asociarse con los actuales

dueños de la empresa, Víctor Padilla y Joaquín Bengoechea, ambos de su edad y con iniciativa. Trafic sería un punto de partida, luego ampliarían el negocio en otras ciudades del extranjero que él había visitado, como Hamburgo, Berlín, Milán, Copenhague, incluso soñaba con tener algún nexo comercial con Moscú, la ciudad que lo había cautivado cuando la visitó hacía pocos años; su mente cavilaba cómo buscar nuevos horizontes; coraje no le faltaba y se sabía capaz.

Era un hombre inquieto y persuasivo, como bien dirían sus hermanas Isabel y Coral, que lo adoraban. También pensaba en casarse, tener hijos, lograr una buena posición en la vida de la que enorgullecerse y enorgullecer a su familia, pero eso llegaría después, de modo natural. Y no pensaba Humberto en ningún caso en dejar de aprender, porque nunca dejaba de estudiar ni de leer en cualquiera de los idiomas que tan rápido podía asimilar.

Tenían buenos sueldos, para estar solteros y sin excesivas responsabilidades familiares. Con todo, ambos eran moderados en gastos. Humberto ganaba unas 25.000 pesetas al mes. Fernando, aproximadamente algo más de la mitad. Se había plantado en Irún seis meses después que Humberto, cuando este ya había empezado a trabajar en Trafic. Por sus méritos y presencia, entró en Aduanas, tras aprobar un examen sencillo. Cuando fueron a La Coruña durante el puente de San José, Fernando llevaba trabajando poco menos de un año en una agencia de aduanas paraestatal que se llamaba como su propietario, Carlos Llanos, con oficina en el número 84 del Paseo de Colón. Le gustaba mucho esa tierra y empezaba a sentirse feliz.

Ese viaje que hicieron en la festividad de San José era diferente para cada uno de los tres amigos, quienes albergaban un motivo personal para presentarse en La Coruña.

En el caso de Humberto fue un motivo luctuoso: acudía al entierro de Mina, la amiga de toda la vida, la hermana de su cuñado, su primer amor, que había fallecido repentinamente. Fernando, por su parte, venía a ver el piso que habían comprado su hermana Rosa y su novio Carlos y a echarles una mano en los preparativos de la boda, que sería a finales de abril. En cuanto a Jorge, se proponía hablar en serio con Adela, la chica con quien quería empezar una vida nueva, ahora que le habían prometido un trabajo en Irún. Tres motivos que los llevaron a estar en La Coruña hasta el 19 por la tarde.

Cuando llegaron a su ciudad natal, casi a la hora de comer, la luz hendía las nubes que venían del mar. Se sentían bien ante ese paisaje que reconocían sobradamente. Tuvieron que separarse y cada cual fue a reunirse con sus respectivas familias.

HUMBERTO. Así pues, aquel 17 de marzo, Humberto volvía triunfador. Desde luego, había venido más veces a La Coruña durante esos tres años, pero por primera vez la vida le sonreía: tenía trabajo, existía Ana, su novia, tenía planes y las cosas mejoraban.

Después de aparcar el coche en la calle Contaduría, junto a unos billares amarillos donde lo conocían por su pericia, Humberto fue a su casa de la calle Sinagoga. Al doblar la esquina, la visión de los ventanales a cuadros de marcos blancos le llevó a la infancia por unos instantes.

Siempre le asaltaban dos o tres imágenes de sí mismo de niño cuando veía aquella casa de piedra ennegrecida y con verdín. Una era la imagen de su propio rostro contra los cristales viendo caer la lluvia y sintiendo un brote de melancolía mientras su madre, dañada por la ternura, pronunciaba la palabra «merienda» y encendía la luz del cuarto; otra imagen que se le representaba era la de él, o un niño como él, regresando a casa a la carrera después de jugar en «las Bárbaras», como llamaban al convento de clarisas de la plazuela de Santa Bárbara, detrás de casa, en cuyo torno daban dulces y, para alcanzarlos, todos los niños y niñas montaban allí una algarabía cada tarde, pese a que él había oído decir a algún crío que esos dulces estaban envenenados. La calle Sinagoga, además, desembocaba en un edificio bajo de piedra: las Escuelas Populares Gratuitas, donde Humberto siempre quiso estudiar por estar tan cerca de casa. Pero no fue allí donde estudió, sino en un colegio de frailes mucho más alejado, del que recordaba con satisfacción una sala toda ella forrada con mapas del mundo, donde lo encerraron por un castigo. Había sido el castigo más feliz de su vida.

Subió la escalera y llamó a la puerta. Sabía que lo esperaban entristecidos, pero no como se imaginaba. Fue su padre, vestido aún con un mono azul y una gorra en la mano, quien la abrió y le dio un largo abrazo. El padre se llamaba José Humberto, pero todos lo llamaban José para distinguirlo, a su vez, del abuelo, que tenía los nombres cambiados y se llamaba Humberto José. El padre había luchado contra el franquismo toda la vida, pero de manera prudente y astuta; en caso contrario, difícilmente habría podido evitar ir a la cárcel o

ser despedido. No ocultaba su tendencia socialista en los círculos más próximos. Pese a su discreción, en la fábrica de conservas donde trabajaba de capataz tenían bien vigilado a este Fouz, tan agitador y sindicalista como en tiempos de la República lo había sido su padre, el abuelo de Humberto, comunista de una pieza y el primero y más radical de la saga de los «Humbertos», como eran conocidos los Fouz.

Saliendo de detrás de su padre, el joven vio a su madre, Patri, que se dirigía a él con los brazos extendidos, una rebeca apenas sujeta por los hombros y el gesto desazonado, sin dejar de exclamar su nombre varias veces: «¡Humberto, Humberto, Humberto!».

—¿Qué sucede?

—La enterramos hace dos días ya, hijo.

Se refería a Mina, cuyo entierro era casi el motivo principal del viaje. Humberto, quizá más desconcertado que apenado ante la noticia, se abrazó a su madre pero la apartó con suavidad al mismo tiempo que la sujetaba por los antebrazos como si la culpabilizara de aquellas palabras. Se le oscureció la mirada antes de emitir un tibio reproche.

—Pero ¿por qué no me avisaste de que ya la habían enterrado?

—No queríamos preocuparte. Ibas a coger el coche de todos modos y de madrugada. Lo de enterrarla ya fue algo que decidió su familia porque no podían esperar tanto.

Carmina Ramírez fue siempre Mina, la hermana de Damián, el marido de Coral Fouz. Los dos hermanos habían compartido la infancia con Humberto y eran casi familia. Tan solo unos meses mayor que él, vecina

de la contigua calle Maestranza, Mina había sido su amor desde los quince años, y en el fondo nunca había dejado de serlo. Humberto seguía sintiendo algo más que una simple y cálida amistad por ella. Puede que Mina también hubiera sentido algo parecido al amor, pero nunca lo dijo, ni a él ni a nadie, y su ambigüedad desalentó gradualmente a Humberto. Empezaron como amigos de juegos, cuando chiquillos; enseguida alternaron en la misma pandilla, salieron juntos varias veces, se besaron algunas más, quizá se buscaran a solas en alguna ocasión. Con el tiempo, acabaron estando muy unidos y decía la gente que eran tal para cual, que había algo a flor de piel entre ellos y se notaba. Él le escribía cartas larguísimas, sobre todo a medida que pasaban los años, en la época en que más cerca podrían haber estado de ser novios y, sin embargo, ella nunca dio el paso, ni siquiera lo expresó, y él ya había empezado a viajar y a pensar en irse de la ciudad. Cortar amarras y olvidar eran la misma cosa, se decía Humberto. Pero Mina siempre se quedó en el corazón de Humberto y, cuando se veían, ella le hablaba con la confianza que da la tierna cercanía de la juventud común. Ahora Mina estaba muerta por culpa de un atropello en la carretera que se empinaba hacia la Torre de Hércules, la noche del martes pasado, apenas cuatro días antes.

—Es todo tan reciente —se lamentó el padre de Humberto—. La policía dijo que el conductor iba despistado y no la vio cruzar la carretera.

Según la policía, el conductor, un hombre mayor, periodista de renombre, con hijos, que estaba sobrio y muy abatido, insistía en que la mujer esperó para echarse encima del vehículo cuando lo vio acercarse, porque

recordaba haber cruzado su mirada con la de la mujer antes de que ella se metiera bajo las ruedas. No lo creyó nadie. Mina nunca parecía ni triste ni depresiva. Pero tampoco nadie supo decir qué hacía Mina caminando a esa hora tan tardía de aquella noche gélida de marzo por los descampados de La Lagoa.

—Mañana iré con Coral al cementerio —dijo Humberto, aún sin reaccionar—. A eso he venido, al fin y al cabo.

Luego adujo que no se quedaría a comer, prefería estar solo y dar un paseo. Deambuló por calles estrechas hasta la playa del Parrote, donde solía bajar a bañarse con Fernando y a veces se les sumaban Mina y Viro, un chaval feúcho que tenía una deformidad en la espalda y que Humberto cuidaba y acompañaba hasta su casa como a un hermano. Se acordó de repente de Viro, quizá porque se le acumularon los muertos. Viro era inteligente y amargo, con un humor tan negro como su futuro, y terminó ahorcándose en la ventana del baño de su casa. Cuando eso sucedió, hacía ya un año que Humberto se había ido a vivir a Irún. A Mina, Fernando y Viro les escribía cartas y en ellas les contaba las historias que se le ocurrían y que algún día, decía, serían novelas. Porque en Humberto, desde que cayó en sus manos un libro erudito titulado *Sobre la literatura rusa*, de un italiano llamado Ripellino, anidaba el deseo de escribir. El libro en cuestión hablaba de Chéjov, de Blok, de Pushkin, de Bieli, de Maiakovski, nombres todos de rusos cuyas obras ni siquiera estaban a su alcance, pero con los que llenaba su conocimiento y los oídos ávidos de Fernando y Jorge. El fantasioso Humberto los encandilaba. Y encandilaba también a Mina con su imaginación desbordante. Les hablaba de las leyendas o

los personajes que poblaban las ciudades a las que iba. Por su carácter afable y seductor, poseía un don especial para escuchar atentamente los relatos que los demás le contaban, verdaderos o no, y sacaba partido de ellos a su manera. Narraba historias truculentas, pasionales, misteriosas, revolucionarias, en las que irrumpían seres rocambolésicos, heroicos y pintorescos sobre los que no tenía que exagerar demasiado, porque así eran las personas con las que se había cruzado por Europa en bares, pensiones, tiendas, oficinas, discotecas, en cualquier lugar, en fin, que hubiera hollado el trotamundos Humberto. En la playa del Parrote se quedó mucho tiempo pensando en Mina y en su ausencia. Y en su talle, y en el aroma de su ropa y en su risa. Pero el nombre ya había empezado a borrarse de la cabeza, como le había sucedido con el de Viro.

FERNANDO. Fernando, por su parte, se había dirigido directamente a la nueva casa de su hermana. Rosa y su prometido Carlos acababan de comprar el piso y preparaban con minuciosidad la boda para finales de abril. Aún no tenían fecha, pero era innegable que dependería de cuando pudiera Fernando. Rosa trabajaba en una óptica y se ganaba bien la vida. Carlos era funcionario del Ayuntamiento. Otra hermana, menor que Fernando, la pequeña Victoria, estudiaba. En el piso, con olor a pintura reciente de tonos pastel y con muebles y cajas sin desembalar, estaba la familia reunida, incluidos Rosario, la madre, ama de casa, y Jacinto, el padre, asentador de barcos en la cooperativa de Mardomingo. Rosario tenía una relación muy especial con su hijo, casi

obsesiva. Lo llamaba por teléfono todos los días, y si veía que él no llamaba o se le hacía demasiado tarde, al día siguiente temprano ya estaba marcando su número y preguntándole si todo iba bien o necesitaba algo. «No, mamá, todo en orden, eres la madre perfecta», contestaba Fernando, resignado.

La preocupación se debía a que Rosario había tenido un sueño angustioso en cierta ocasión. En el sueño, su hijo se despedía agitando la mano desde la borda de un barco, uno de esos transatlánticos como el Titanic, decía ella, y luego alguien subía corriendo por las escaleras de su casa y llamaba a la puerta a golpes, Rosario abría y con solo la cara de la persona que tenía delante, que apenas podía articular palabra, ella comprendía que el barco se había hundido. La angustia que le causó aquel sueño o figuración suya nunca se le fue del cuerpo a Rosario y, aprensiva como era, vivía excesivamente pendiente de su hijo. No pudo evitar que se marchara a Irún con Humberto, al que, en cierto modo, responsabilizaba de haberle robado a su Fernando. Pero Fernando era un joven muy prudente y metódico, todo lo sopesaba y calculaba, por tanto era lento de decisiones, hasta indeciso. Menos impulsivo que Humberto, de eso no cabía duda; menos alegre también, no propendía a las locuras, ni mucho menos. Sosegado y tranquilo, escuchaba los consejos y temores de su madre a diario con amorosa paciencia. Así que si había hecho lo que había hecho no fue por un arrebató, como ella creía, sino por labrarse un futuro en serio, lo cual le callaba la boca a su madre, que se refugiaba en el recurso de sus llamadas diarias.

Quizá el excesivo celo de su madre fuera la razón por la que no se le conocía novia aún, aunque en realidad

era un secreto bien guardado, porque chica sí había. Desde hacía unos meses se veía de vez en cuando con Lucía Tuy, una joven alta y rubia, dueña de una tienda de ropa de la calle Fonseca, con la que había empezado a salir después de intercambiar algunos saludos y cumplidos. Un día se dieron los números de teléfono, otro día él la llamó para quedar. Ella aceptó. Luego hubo más llamadas y más citas y aceptaciones. La telefoneaba casi tanto como a su madre, y le escribía algunas cartas. Fernando aún no les había hablado de ella ni a Humberto ni a Jorge, pero pensaba hacerlo un día de estos, ahora que parecía que los tres iban camino de formalizar las relaciones con sus novias respectivas.

Hacia el final de la visita en casa de su hermana Rosa y después de que se fijaran los detalles de la boda, Fernando salió apresurado en dirección a la tienda de Lucía para pasar el resto del día con ella, tal vez en su piso, porque Lucía, que era de Lugo, vivía sola. La madre de Fernando no consiguió saber adónde iba su hijo. En este asunto, Fernando solo daba evasivas a cada una de sus preguntas.

—Déjalo, mamá —decía Rosa con sorna—, tendrá novia.

—Ya nos lo habría dicho, ¿no, Fernando? —preguntaba la madre, predispuesta a la derrota.

—Cuando llegue el momento serás la primera en saberlo —contestaba él—, o la segunda.

—¿La segunda?

—Claro, primero tendrá que saberlo la susodicha, ¿no? Y así siempre.